

14—Cristo y la ley

LEEMOS en Mateo 5:17: «No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir». ¿Qué les hizo pensar eso a sus oyentes? A pesar de que Cristo estaba representado en las ofrendas y en los sacrificios, ellos no podían despojarse de la idea de que era la ley, la ley y la ley a la que tenían que dedicar toda su atención como garantía de su acceso al cielo. Pero ahora llega Cristo con su doctrina no para restarle importancia a la ley, sino para revelarles la antigua luz en un nuevo contexto. Viene a mostrar dicha luz en el marco del evangelio, para que entendieran lo esencial que era para ellos tener dicha luz.

La ley: un reflejo de su carácter

De ese modo él muestra la gran amplitud de la ley de Jehová, reflejo de su carácter. Jesús la presenta ante ellos en una forma que no habían conocido antes. Pero en el

Sermón presentado en Roma, Nueva York el 19 de junio de 1889. Manuscrito 5, 1889. momento que lo hace, surge una resistencia contra dicha luz. ¿Por qué debían aceptarla? No, era no era la forma en la que se le había enseñado, estaba en un contexto diferente, y no podían armonizarla con sus ideas erróneamente concebidas.

Cristo leyó sus pensamientos. Y dichos pensamientos eran que él no le daba a la ley la relevancia que ellos le habían dado. Él leyó sus pensamientos y les dijo: «No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir, sino a cumplir [...]. De manera que cualquiera que quebrante uno de estos mandamientos muy pequeños y así enseñe a los hombres, muy pequeño será llamado en el reino de los cielos; pero cualquiera que los cumpla y los enseñe, este será llamado grande en el reino de los cielos» (Mat. 5: 17, 19). Y lo hace aún más claro: «Por tanto, os digo que si vuestra justicia no fuera mayor que la de los escribas y fariseos, no entraréis en el reino de los cielos» (vers. 20). Ahora bien, ellos habían acumulado requisitos sobre la misma ley y en torno a ella. Asimismo, la habían cargado con sus propias estipulaciones e ideas emanadas de sus mentes finitas, hasta el punto de que nadie podía guardar dicha ley, ni siquiera la letra de la ley según ellos la interpretaban. Era imposible hacerlo.

Cristo continúa hablando y les menciona los principios de la ley, señalando que ella alcanza las partes más recónditas del ser. Así revela los propósitos de la ley de Dios.

La fuente de toda verdad

Cristo fue la fuente de la verdad mientras estuvo en el mundo. Las enseñanzas que había dado a los profetas fueron colocadas en contextos equivocados, y era su papel ponerlas en una legítima perspectiva. Él era el fundamento y el autor de toda verdad, y su labor consistió en despojarla de todas las tradiciones humanas, porque estas enseñaban los mandamientos de los hombres en lugar de los mandamientos de Dios. Quienes habían estado en las escuelas de los profetas, recibiendo su educación, consideraban que tenían más conocimientos que las demás naciones y que todos los pueblos de la faz de la tierra. Él se vuelve a ellos y les dice: «Erráis, ignorando las Escrituras y el poder de Dios» (Mat. 22: 29). En su ceguera consideraban a los árboles como si fueran hombres en movimiento. ¿Y por qué no tenían la verdad grabada en sus mentes? Pues, porque no estaban conectados con el Dios de toda verdad.

Una parte importante de la gran obra de Cristo consistió en venir al mundo como representante del Padre. Pero el mundo no conoció a Dios; y eso es en gran medida lo mismo que sucede en nuestra época, incluso entre aquellos que afirman obedecer la verdad. No sé si me han escuchado decirlo en años anteriores: «Anhelo presentarles a Jesucristo. Deseo que lo consideren como a un Cristo de amor, de misericordia, de bondad y de tierna compasión».

Perdón pleno y total

Hubo alguien que se me acercó y me dijo: «Hermana White, ¿puede decirme cómo puedo saber que Jesús perdona mis pecados, luego que me arrepiento de ellos?». Sí que puedo. Mire al Calvario, al Salvador agonizando en la cruz. Ahí está la evidencia que presentamos. Es la prueba de que Cristo perdona los pecados. La luz reflejada desde la cruz del Calvario nos habla de la sangre de Jesucristo que fue derramada para remisión de los pecados, y que nos permite ser limpiados y santificados.

Recuerdo a una mujer que dijo: «¡Oh, si tan solo el Señor me mostrara en un sueño que él va a tener misericordia de mí y que me va a salvar!». Bien, él se lo mostró, hizo que lo viera en un sueño. Su primera impresión fue: «¿Es acaso este sueño más poderoso que un “Así dice el Señor?”». Deseo que todos acepten eso, porque he descubierto que cada vez que he pedido se me conceda una luz especial, alguna prueba contundente, tenía que esperar un buen tiempo antes de obtenerla. He reconocido que debo aceptar lo que el Señor dijo, y creerlo como me fue dicho. Soy una de las hijas de Adán, alguien por quien Cristo murió, y porque soy una pecadora tengo el derecho de aferrarme a los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado.

Cuando el diablo venga y señale los pecados y crímenes detestables de ustedes, díganle: «Sí, soy un pecador, pero Cristo es mi Salvador, y él dice: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”» (Mat. 9: 13). De esa manera se vestirán ustedes de toda la armadura de la justicia de Cristo. ¿Cómo es que no tienen puesta dicha armadura de justicia? ¿Para qué vino a este mundo? Si hubiera sido posible llevarnos de vuelta a la observancia de los mandamientos

de Dios, Jesús jamás habría venido a este mundo. Sin embargo, lo hizo porque le era imposible al hombre redimirse y regresar a la condición de Adán antes de la caída. Entonces, ¿qué se podía hacer? Vino Cristo, nuestro sustituto y nuestro garante.

Antes de que él viniera, todos estaban bajo un mismo yugo. Sin embargo, Cristo se encontraba por encima de la ley; como él fue el autor de la ley, él no estaba bajo el yugo de esta. Y los ángeles estaban en obediencia a Cristo. Él podía venir como uno igual al Padre y abrir su corazón a toda aflicción, pena, pecado y miseria. Mediante su sacrificio pudo impartir vida e inmortalidad a través del evangelio que es la única esperanza de vida. Cuando Cristo exclamó: «Consumado es», dio cumplimiento al plan que se había preparado. Jesús murió a favor de la raza humana, como una ofrenda voluntaria presentada a Dios. No fue forzado a hacerlo, pero lo hizo a fin de salvar a la raza caída. Descendió hasta el sepulcro y luego resucitó.

Aunque Satanás creyó que había triunfado cuando Cristo murió, no pasó mucho tiempo antes de que descubriera que se había extralimitado. Al provocar la muerte y la crucifixión del Hijo de Dios, ¿qué logró? Alegó en el cielo, y alega hoy en el mundo cristiano, que si se abolía la ley de Dios, se podría establecer una ley mejor. Todo el universo estaba a la espera para ver lo que ocurriría.

La paciencia y misericordia divinas

¿Por qué Dios no destruyó a Satanás? ¿Por qué no destruyó al pecado? A Satanás se le permitió desarrollar su plan, y a menos que hubiera tenido esta oportunidad, habría colocado toda la razón de su descontento sobre Cristo y sobre el Padre. Recibió una gran oportunidad para desarrollar sus planes en este mundo, y lo hizo al crucificar al Señor de gloria. Satanás reveló sus motivos y mostró hasta dónde estos lo llevarían. Lo mismo vemos en nuestro mundo hoy, podemos darnos cuenta hasta dónde nos conducirán sus principios anárquicos.

El enemigo ha obrado y sigue obrando. Ha descendido con gran poder y el Espíritu de Dios se está retirando de la tierra. Dios ha retraído su mano. Solo tenemos que mirar a Johnstown, Pensilvania. Dios no impidió que el diablo borrara del mapa a esa ciudad. Ese tipo de acontecimientos irán en aumento hasta el fin del mundo, porque el diablo ha descendido con gran poder y con todo engaño de iniquidad dirigido a los que se pierden. ¿Qué está haciendo? Anda como león rugiente buscando a quien devorar. Y cuando contempla a aquellos que se resisten a la luz, y advierte que Dios no los protege, ejercerá su cruel poder sobre ellos. Eso es lo que podemos esperar.

¿Qué va a hacer Dios por su pueblo? ¿Dejarlos sin una nueva luz? «Ustedes sois la luz del mundo», dice él. Recibiremos más luz del trono de Dios y aumentará nuestra preparación. Ahora bien, no afirmamos mediante el mensaje que presentamos aquí y en otros lugares, que esta es una nueva y maravillosa luz, sino que es la antigua luz colocada en un nuevo contexto. Jesús impartió luz, la

luz más maravillosa, mientras habló desde aquella columna de nube. Poco antes de que los hijos de Israel salieran de Egipto, una plaga tras otra fue enviada a los egipcios, ya que el faraón rehusó dejar ir a los israelitas para que adoraran a Dios. Finalmente, el Dios del cielo permitió que los primogénitos, tanto de hombres como de bestias, murieran. Cuando el faraón contempló aquellos cuerpos inertes, reconoció quién era el gran Yo Soy, comprendió que había un poder superior, con el cual el rey de Egipto no podía competir, o vencer, aun con toda su experiencia y poder. Por tanto, dijo a los hijos de Israel: «¡Váyanse!».

Pero, ¿qué debían hacer los israelitas esa última noche? Debían sacrificar un cordero, tomar su sangre y rociar los dinteles y los postes de sus viviendas. ¿Para qué? Para mostrar a todo Israel, que contemplaba todo aquello, que había algo que los ligaba a Dios. Cuando el ángel viniera para dar muerte a los primogénitos, vería la sangre en los dinteles y los postes, pasando por alto a los hogares que mostraban la señal en los pórticos.

Vigencia de la ley

Antes de la venida del Hijo del hombre existía, y había existido durante años, una determinación de parte del enemigo de arrojar su sombra infernal entre el ser humano y su Salvador. ¿Para qué? Para que el pecador no reconozca que Jesús es un salvador completo, que es un sacrificio pleno lo que ha sido realizado a favor del hombre. Luego Satanás les dice que no tienen que guardar la ley porque al observarla el ser humano se uniría con el poder divino y Satanás sería derrotado. Al cumplir la ley, el hombre se uniría al poder divino. A pesar de que el hombre estaba afectado por sus flaquezas, podría llegar a ser participante de la naturaleza divina, escapando de la corrupción que hay en el mundo por causa de las pasiones. He aquí la gran obra de la redención.

Cristo no vino a abolir la ley, puesto que afirma: «Ni una jota ni una tilde pasará de la ley, hasta que todo se haya cumplido». Por tanto, la ley permanece hasta ahora. Sí, no hay ni una jota ni una tilde que haya perdido su vigencia, y todos estamos bajo la ley. Esa es la situación en la que nos encontramos hoy; y si algunos se oponen a la ley, Dios los condena; porque no hemos sido dejados en oscuridad respecto a esto.

Deseo guardar la ley de Dios y vivir. Pero el hombre de pecado ha intentado cambiar el cuarto mandamiento y ha introducido un día de reposo espurio, para así mostrar su grandeza y el poder para exaltarse a sí mismo sobre todo lo que se llama Dios, o que es objeto de culto. Está llegando el momento de decidir entre el día de reposo que el hombre de pecado ha introducido, y el día de reposo del Señor Dios, el séptimo día.

Habrà momentos difíciles que tendremos que afrontar, y ¿qué desea decirnos Dios al respecto? Él desea que tratemos de entender lo que no hemos entendido. Más bien hemos permanecido aquí gimiendo y gimiendo. Cuando intenté hacer el bien, el mal estaba presente en mí y el pecado obraba constantemente con el fin

de obtener la supremacía. Si pudieran ustedes entender que Cristo es alguien que puede salvar perpetuamente a todos los que por él se acercan a Dios, entonces poseerían una fe viva.

Fe, obras y arrepentimiento

Pero ¿deben las obras venir primero? No, la fe tiene primacía. ¿En qué sentido? La cruz de Cristo fue levantada entre el cielo y la tierra. Llega el Padre y todo su séquito de ángeles santos; y al acercarse a aquella cruz, el Padre muestra su respeto y el sacrificio es aceptado. Luego se presenta el hombre pecador ante ella, con su carga de pecados, y al contemplar a Jesús en el madero echa sus pecados al pie de la cruz. Allí se dieron cita la misericordia y la verdad; la justicia y la paz se besaron. Cristo nos dice: «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo»(Juan 12: 32).

«Entonces, uno no podrá ser aceptado a menos que se arrepienta», diría alguien. Bien, y ¿quién nos lleva al arrepentimiento? ¿Quién nos atrae? Porque la ley de Dios condena al pecador, señalando los defectos de su carácter. Pero ustedes pueden estar en pie ante esa ley toda la vida y decir: «Límpieme. Prepárame para el cielo». ¿Podrá ella hacerlo? No, no hay poder en la ley para salvar al transgresor de la ley que está en pecado. ¿Entonces qué? Cristo tiene que mostrarse en dicha ley como nuestra justicia, y luego el Señor es levantado. «Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo” (Juan 12: 32).

Aquí nosotros contemplamos la cruz del Calvario. ¿Qué nos ha llevado a contemplarla? Cristo nos está atrayendo. Los ángeles de Dios se hallan en este mundo influyendo en las mentes, y el ser humano es atraído a aquel que lo levanta y lo conduce al arrepentimiento. No es una obra propia; no hay nada que el pecador pueda hacer que sea de valor, excepto creer.

Al contemplar a Cristo en la cruz del Calvario, reconocemos que él ama a los pecadores, a aquellos que estaban en enemistad con Dios. El pecador comienza a maravillarse, y se humilla. ¿Cuál es la razón para esto? Pues reconoce que hay una ley que ha sido transgredida y que el hombre no puede guardarla, pero contempla a Cristo, y con esperanza y fe se aferra al brazo de infinito poder y se arrepiente. ¿De qué? De haber violado cada principio de la ley del Señor.

Pablo afirma que enseñó el arrepentimiento y la fe en nuestro Señor Jesucristo de casa en casa. ¿Para qué vino Cristo a nuestro mundo? Para ganar los corazones y guiarlos al arrepentimiento. Aquí está el amor del Padre al dar a su Hijo para que muriera por el ser humano caído y para que este pudiera guardar la ley del Señor.

Al llegar Jesús a nuestro mundo, su divinidad se cubrió con la humanidad, para que a su vez el hombre fuera revestido con la justicia de Cristo. Entonces el ser humano podrá, por medio de esa justicia, ser declarado inocente delante Dios.

¡Oh, me gozo porque tengo un Salvador! Debemos recibir al Espíritu Santo para que colabore con el esfuerzo humano. No podemos hacer nada sin Cristo. «Separados de mí nada podéis hacer». «Yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él y cenaré con él y él conmigo» (Apoc. 3: 20). Estoy feliz porque podemos ser partícipes de la naturaleza divina, y porque a través de Jesucristo somos vencedores. ¿Acaso la victoria consiste en la fe, en los sentimientos y en las buenas obras? ¿Será así? ¡No! «Esta es la victoria [...] nuestra fe» (1 Juan 5: 4).

¿Qué es la fe? «Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve» (Heb. 11:1). ¿Qué diremos, entonces? «La fe, si no tiene obras, está completamente muerta» (Sant. 2: 17). Por consiguiente, nos aferramos a los méritos de la sangre de un Salvador crucificado y resucitado. Nuestras vidas están escondidas con Cristo en Dios. Allí está la clave. No podemos hacer nada por nosotros mismos, pero el fuego del amor de Dios está ardiendo sobre el altar de nuestros corazones. No estamos siguiendo fábulas artificiosas, claro que no; pero hemos estado revelando a Cristo nuestra justicia. Si ustedes se glorían en sus propias buenas obras, no podrán gloriarse en Cristo.

En tiempos recientes se ha estado introduciendo entre nosotros una especie de autosuficiencia, por lo que el mensaje a la iglesia de Laodicea se aplica a nosotros. Lo leemos en Apocalipsis 3: 14-16. ¿Cuál es el problema? Han abandonado su primer amor. «Pero por cuanto eres tibio [...] te vomitaré de mi boca». ¿Qué quiere decir con esto? Si los creyentes tienen gran luz y conocimientos y no se esfuerzan para compartir esa luz y mostrarlos al mundo mediante sus obras, ya que son principios vivientes ante el mundo, Cristo será deshonrado. Si esto sucede, se disgustará tanto con ellos que no tomará sus nombres en sus labios para presentarlos al Padre.

«Yo conozco tus obras. Tú dices: “Yo soy rico, me he enriquecido y de nada tengo necesidad”. Pero no sabes que eres desventurado, miserable, pobre, ciego y estás desnudo” (Apoc. 3: 17).

¿Cuál es el asunto? «Refinado en fuego». Cristo tuvo tal amor por nosotros que pudo soportar la prueba de la crucifixión y salir vencedor. Y las vestiduras blancas, ¿qué son? La justicia de Cristo. «Unge tus ojos con colirio», para que tengas el discernimiento espiritual, para que puedas discernir entre la verdadera justicia y la justicia propia. He aquí la obra que hemos de realizar. El mercader celestial transita por aquí y por allá en medio de ustedes, diciendo: «Cómprame a mí. Aquí están las mercaderías celestiales; cómprame. ¿Lo harán? Es a mí a quien tienen que comprarlas”. No hay otra fuente en el cielo de quien podamos recibir libertad y vida, sino por medio de Jesucristo, nuestra justicia.

Luego dice: «Sé, pues, celoso y arrepiéntete». Este mensaje es para nosotros. Es necesario que los hermanos y hermanas de esta Asociación se aferren al mensaje, y observen la luz que se nos ha presentado en una nueva perspectiva.

Nuestra fortaleza

Dios nos ha mostrado en qué consiste nuestra fortaleza, y necesitamos estar al tanto de ello. Asimismo, debemos prepararnos para un tiempo de angustia tan difícil como jamás se ha conocido desde la fundación del mundo. No obstante, nuestra fortaleza está en Cristo, nuestra justicia. Preguntemos a Isaías quién ha de ser nuestra fortaleza. Él responde con una frase que resuena aun hasta nuestros días: «Porque un niño nos ha nacido, hijo nos ha sido dado, y el principado sobre su hombro. Se llamará su nombre “Admirable consejero”, “Dios fuerte”, “Padre eterno”, “Príncipe de paz”» (Isa. 9: 6). ¿No es suficiente para nosotros? ¿Acaso no podremos confiar completamente en ello? ¿Necesitamos hacer algo de nuestra parte? No, no lo necesitamos. Debemos escondernos en Cristo, y podemos hacerlo en la seguridad del Dios de Israel. Así podremos enfrentar los poderes de las tinieblas. No luchamos contra carne y sangre, sino contra principados y potestades, contra huestes espirituales de maldad en las regiones celestes. Y es únicamente en Cristo que podemos hacerles frente.

Hermanos, que ninguno de ustedes se aparte de la senda. Podrán decir algunos: «Bien, ¿qué quiso decir el hermano Smith en su artículo de la Review? Él no sabe de lo que está hablando; considera [en su ceguera] que las personas son como árboles que deambulan en medio nuestro”. Todo depende de que seamos obedientes a los mandamientos de Dios. Por tanto, él toma aquellos que han sido colocados en un ambiente de falsedad, y los ata en manojos como si estuviéramos descartando las demandas de la ley de Dios, cuando ese no es el caso. Es imposible que exaltemos la ley de Jehová, a menos que nos aferremos a la justicia de Cristo.

Mi esposo entendió el tema de la ley y lo hemos discutido noche tras noche, hasta desvelarnos. Estos son los mismos principios por los que la gente se esfuerza. Necesitan saber que Cristo los acepta tan pronto como acuden a él. Quiero decirles, hermanos, que esa luz es para el justo, y la verdad para los rectos de corazón.

Ahora bien, necesitamos ser un pueblo que manifieste gozo y alegría, y nunca lo haremos a menos que acudamos a Jesucristo. Si pecamos, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo. Entonces no debo estar lamentándome a cada momento, porque Cristo ha resucitado. No está en la tumba nueva de José, está con el Padre. ¿Y cómo es que está allí? Como un cordero inmolado, y lleva en sus manos las marcas de la crucifixión. «Los llevo en las palmas de mis manos». Oh, si esto no nos llena de esperanza y gratitud, ¿qué lo hará?

Marchando en la luz

Se me ha preguntado: «¿Qué piensa usted de la luz que algunos hombres han estado presentando?». Pues bien, yo he hablado durante los últimos cuarenta y cinco años de los encantos incomparables de Cristo. Esto es lo que he estado tratando de presentarles hoy. El hermano Waggoner expresó estas ideas en

Minneapolis, y esa fue la primera enseñanza clara sobre dicho tema que yo escuché de alguien, exceptuando las conversaciones con mi esposo. Me dije: «Es porque Dios me lo ha presentado en visión que lo veo tan claramente, y ellos no lo pueden ver porque nunca les ha sido presentado como a mí». Sin embargo, cuando otro lo presentó, cada fibra de mi corazón dijo: Amén.

Hermanos de Nueva York, necesitamos que sigan adelante. Marchen hacia la luz más clara. Allí están las fuentes de la verdad. Trabajen, cavén en busca de la verdad como lo harían como si estuvieran buscando tesoros escondidos. Al acudir a las Escrituras y pedirle a Dios que los ayude, él iluminará las mentes de ustedes y el Espíritu Santo les recordará todo lo que sea importante. Así la luz del cielo brillará sobre ustedes.

Les pido en el nombre de Jesucristo de Nazaret: Levántense y resplandezcan, porque ha venido su luz. No es preciso que la obra esté maniatada. Cuando identifiquen algún talento en hombres y mujeres, anímenlos. Dios no desea que sean los neófitos que hagan la obra de él. No desea que su obra sea paralizada. Él desea que ustedes se pongan del lado de la verdad, junto a Jesús.

Portadores de luz

Él quiere que asistan a alguna escuela donde se impartan clases de Biblia. «Bien, iré a la escuela de Battle Creek», dirá alguien. Pero allí apenas tienen espacio y están por abrir otra escuela en Kansas. Sin embargo, ahí está la del sur de Lancaster. ¿Por qué no apoyan esta escuela, ustedes que están tan cerca? Habrá algunos que quizá sean capaces de enseñar y dirigir las clases de Biblia.

Nadie debería salir a enseñar la verdad a menos que haya recibido instrucción y sepa cómo utilizar el talento y las destrezas que Dios le ha dado. Ustedes no contratarían a alguien que nunca ha trabajado como constructor para que les construya un hermoso edificio; lo mismo sucede respecto a la obra de Dios. El Señor desea que ustedes aprendan, y los ángeles estarán a su lado para impresionar sus mentes. Si acuden a las Escrituras como lo hizo Daniel, entenderán todo lo que Dios desea.

Debemos poner en práctica y enseñar a otros las verdades divinas, de la misma forma en que Dios le ordenó a Timoteo que encargara a hombres fieles, que fueran idóneos para enseñar. Esa misma obra debe ser realizada en Nueva York. Que los intelectos sean elevados, ennoblecidos, santificados de forma que el pastor no tenga que trabajar hasta agotarse. De esa manera podrán ustedes guiar y adiestrar a otros en la verdad, y sus corazones arderán por ello y querrán compartirla con los demás.

Hermanos, ustedes han recibido abundante luz en este lugar, ¿qué harán con ella? ¿Irán a casa y se sentarán, o se esforzarán para edificarse mutuamente en la santísima fe? Quiera Dios que puedan trabajar en ello. ¡Cómo anhelo ver que la obra alcance el punto donde deseamos verla! ¡Cómo anhelo ver la gran ola de la

verdad cubriendo a la gente! Sé que esto es posible, porque Dios nos dio todo el cielo en un mismo don, y cada uno de nosotros puede aceptar la luz, cada rayo de ella, y de esa forma podemos ser la luz del mundo. «Una ciudad asentada sobre un monte no se puede esconder».

Hermanos, vayan a trabajar. Padres, envíen a sus hijos a nuestras escuelas. Aquellos que están cerca del sur de Lancaster pueden ir allá; y los que no, podrán ir a alguna otra. Dios está obrando para capacitar obreros en ellas. Que cada uno de nosotros se aliste ahora y trabaje con sabiduría, como lo haría un carpintero al trabajar ingeniosamente en su oficio. Así como el carpintero no podrá trabajar con eficiencia, a menos que conozca su oficio, tampoco lo harán ustedes. Necesitamos crecer en el pleno sentido de la palabra. ¡Oh, cuánto amo la verdad y quiero triunfar con ella! No son únicamente los pastores, sino que todos podemos hacer algo. Inténtelo y comprueben lo bueno que es Jehová. ¡Qué Dios les bendiga al regresar a sus hogares!